

Resenciones

Myths of Harmony. Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia, 1795-1831 (Mitos de Armonía. Raza y Republicanismo durante la Era de la Revolución, 1795-1831). University of Pittsburgh Press. Agosto de 2007. 216 páginas.

(Presentación por Doctor Alfredo Castellero Calvo, en el Museo del Canal Interoceánico, el lunes 19 de noviembre de 2007).

Para mí es motivo de gran alegría, a la vez que un grato honor, presentar el libro de Marixa Lasso, *Myths of Harmony, Mitos de Armonía, Raza y republicanism durante la época de la revolución, Colombia 1795-1831*.

Pero antes, quisiera decir unas palabras sobre los lazos personales y académicos que me unen a ella desde hace casi tanto tiempo como los años que ha cumplido. La conozco desde que era muy niña, ya que vivía en el mismo condominio que nosotros. Allí hizo amistad con mi hijo Alfredo y nos visitaba a menudo, no pocas veces para pedir algún libro prestado, que devolvía con severas huellas del buen uso que le había dado, como aquella biografía de Simón Bolívar que regresó poco menos que cadáver.

Un buen día empezó a visitarme para mostrar su interés por la historia, y en los agradecimientos del libro que hoy presentamos, nos honra a mi esposa y a mí declarando que fue en nuestro hogar donde empezó a amar la historia y la investigación de archivo. Nos llena de profundo orgullo saber que de alguna manera contribuimos al nacimiento de su vocación, aunque tal vez nuestro único mérito fue haber avivado la chispa de un talento, que desde muy joven ya era evidente.

Luego, cuando ya Marixa había decidido seguir la carrera de historia, fue mi alumna en la Universidad, donde destacó por su clara inteligencia y dedicación. Tuve también el privilegio de dirigir su tesis de licenciatura, donde hizo aportaciones originales e innovadoras sobre las prácticas corruptas de nuestro funcionariado colonial, lo que nos hizo recordar que algunos legados demoran mucho en perder vigencia.

Me enorgullece decir que Marixa ha sido la mejor alumna que he tenido, y si entre los presentes hay algún ex-alumno mío, espero que no se moleste que lo diga. O mejor aún, que demuestre lo contrario. Bueno, allí están las evidencias: Marixa ha acumulado en su carrera casi todas las becas a que puede aspirar un joven historiador en el tiempo que ella tiene de estar en Estados Unidos, donde llegó primero con una Fulbright, así como los progresos que ha hecho en su carrera como docente en varias universidades norteamericanas. Por

eso no me sorprendió, cuando hace un par de meses, un mensaje mediático que me llegó vía email, calificaba a Marixa como una “*rising star*”. Una estrella emergente, y me alegró y me llenó de orgullo saber que allá, muy lejos de su tierra, se habían dado cuenta.

Finalmente, allí está como prueba el libro que hoy se presenta, un verdadero modelo de investigación y claridad, cargado de sugerentes propuestas y del que me gustaría destacar dos aspectos innovadores. Por un lado, incorpora a la investigación documentos de carácter judicial, que raras veces se han utilizado cuando se estudia la Independencia hispanoamericana. Este tipo de documentación suele reservar muchas sorpresas, y nos revela más cosas que las que se encuentran en otros documentos oficiales, o que se ocultan en las memorias y en las versiones escritas por los contemporáneos, casi siempre parcializadas. En la documentación judicial se encuentran los fallos, las declaraciones de los testigos y de los acusados. En ellos la autora ha descubierto lo que pensaba la gente común de los objetivos de la independencia y para qué habían peleado por ella, así como el sentido que el individuo de la calle le daba a la fraseología revolucionaria en boga. En otras palabras, cómo entendían las clases marginadas y subalternas los conceptos de libertad, igualdad, o democracia, o qué esperaban para sí de los cambios radicales que prometía la revolución. De esta manera, la autora libera del anonimato las voces de individuos oscuros y ordinarios, y por ello mismo representativos, devolviéndolos a la corriente histórica. Al lado del lenguaje oficial, o de la versión dominada por los estratos hegemónicos, rescata de la oscuridad la voz de los que hasta ahora no tenían historia.

Por otro lado, el tema central del libro es la evolución del imaginario político de la época revolucionaria, un terreno nada fácil para un historiador que se encuentra en los comienzos de su carrera, sobre todo porque las evidencias que aluden al tema suelen ser indirectas y a menudo imprecisas. Siendo así, estas evidencias deben contextualizarse y someterse a un riguroso escrutinio analítico e interpretativo, es decir que presentan problemas mucho más difíciles y exigentes que los que suele manejar la historiografía tradicional. Pero estas son dificultades que la autora resuelve con destreza y maestría, con un lenguaje claro, de frases cortas, directo, ameno, discursivo y convincente.

La tesis central de la obra, y de allí su sugerente y original título de *Mitos de Armonía*, es que la supuesta tolerancia racial que aquí y allá se observaba durante el período colonial, no logra realmente consolidarse, hasta llegar a convertirse en una verdadera ideología, sino a partir de las guerras de Independencia. A lo largo del período colonial, los pardos, o mulatos, fueron abriéndose un espacio social que la ley no tenía previsto, y entre mediados y fines del siglo XVIII son cada vez más los mulatos que gozan de aceptación entre las élites blancas. Durante las reformas borbónicas del siglo XVIII, la propia

Corona española empieza a adoptar una nueva política respecto a la población de color, reconociendo su lealtad, su importancia como capital humano y como fuerza militar. A fines de siglo crea incluso una institución conocida como *Gracias al Sacar*, mediante la cual un individuo de color, siempre que fuese libre, pagando una cierta suma, y probando suficientes méritos, podía aspirar al estatus de blanco y hasta al tratamiento de don, un trato reservado sólo a algunos blancos privilegiados. Era un paso notable. En Panamá fue notorio el caso del mulato Pedro Antonio de Ayarza, un rico comerciante de Portobelo y miembro de las milicias urbanas, que consiguió esta distinción para sus hijos y el derecho a que siguieran estudios superiores en Bogotá. A principios del siglo XIX, en vísperas de la Independencia, su hijo José Ponceano de Ayarza llegó a pertenecer al estrecho círculo de electores que participó en la elección del representante de Panamá en las Cortes de Cádiz. Aunque el obispo, que era panameño, resintió que un mulato ocupara esa posición, la élite blanca lo había aceptado como a otro par. Pero estos son casos excepcionales. Los prejuicios raciales, sobre todo entre las élites locales, continuaron y han llegado hasta hoy.

Sin embargo, durante las guerras de independencia las cosas cambiaron radicalmente. En las áreas geográficas que estudia Marixa, sobre todo en la costa caribeña de la actual Colombia y en Venezuela, es decir, donde se encontraban los teatros de guerra más sangrientos, había una gran mayoría de gente de color. Pero como la insurgencia necesitaba contar con su apoyo, no sólo su participación fue vital para las campañas militares, sino que un considerable número de pardos y mulatos destacaron en las guerras revolucionarias y alcanzaron altos rangos militares, hasta el grado de general. Algunos de estos militares fueron reconocidos públicamente como héroes, como el almirante cartagenero mulato José Prudencio Padilla, o llegaron a ser hombres de confianza de Bolívar, como el médico panameño de color y secretario suyo, el general José Domingo Espinar. Estos hombres, que habían contribuido a la Independencia, que habían ganado una posición de prestigio y que se anunciaban como futuros caudillos, ¿estarían dispuestos a renunciar a sus derechos sólo por ser de color? El cambio era inevitable. De lo contrario, era servir la mesa para el conflicto.

Al consolidarse la independencia, pese a que los prejuicios raciales de la población blanca persistían, ni los usos tradicionales, ni la legislación racista del período colonial pudieron sobrevivir y fueron rechazados por inaceptables. En sustitución, y conforme a la nueva retórica revolucionaria de igualdad, libertad y democracia, empezó a imponerse una nueva ideología política que acabó por implantarse en todas partes, y que se basaba en la armonía y la igualdad racial, cuando menos a nivel de la retórica oficial, en el lenguaje patriótico, en las ceremonias públicas, y en el discurso político. Cualquier pronunciamiento distinto a este nuevo ideario recibía el repudio de las mayorías. Fue un cambio

de mentalidad radical, que probablemente no habría tenido lugar de no haberse producido las guerras de independencia. No es que desaparecieran los prejuicios raciales —de allí el título de la obra, *Mitos de Armonía*—, pero ya no era de buen gusto expresarlos abiertamente; se consideraba ofensivo, y manifestarlos era exponerse al desprecio público.

Por supuesto que este cambio de actitud no se revela de manera explícita en la documentación. El mérito de Marixa es haber develado ese cambio de mentalidad mediante el análisis sutil de los textos y los contextos, en una documentación hasta ahora poco o nada conocida.

Desde la década de 1960 hemos sido testigos de una constante y vigorosa renovación de los estudios históricos, del pensamiento historiográfico y de la manera de hacer la historia. A partir de la década de 1980, superada ya la fascinación por los análisis cuantitativos y seriales, empezaron a aparecer estudios originales con nuevos y poco convencionales acercamientos al pasado, que hicieron famosos a sus autores. Su objetivo era rescatar del olvido las representaciones mentales de las clases marginales. Microhistorias como la de Carlo Ginzburg sobre el molinero Menocchio, a quien le dio por interpretar la Biblia echando mano a otras lecturas que no acababa de entender, por lo que la Inquisición lo envió a la hoguera, o la de Carlo Cipolla sobre la conducta irracional del pueblo italiano de Monte Lupo durante una pandemia, o la de Natalie Zennon Davies sobre un tal Martín Guerre, el campesino del norte de España que regresa a casa luego de una larga ausencia, nos revelaron un mundo de posibilidades en el campo del imaginario y de las mentalidades populares. La obra de Marixa Lasso nos introduce en ese universo intangible, elusivo, casi mágico, pero de poderosa influencia sobre la realidad, a la que termina por cambiar, con la misma fuerza que ejercería cualquier otro hecho que consideraríamos más “real”. Porque lo imaginario, al igual que los mitos, las representaciones mentales, o el conjunto de creencias de una colectividad dada, son tan reales, efectivos o trascendentes, como cualquier hecho concreto y palpable. Me atrevo por ello a sugerir que esta obra podrá convertirse en un necesario referente para la historiografía latinoamericana actual, y quién sabe si Marixa no será saludada dentro de poco como la nueva Natalie Zenon Davis de nuestros lares.

Pero es mejor que le ceda a ella la palabra, para que nos explique cómo llegó a sus conclusiones, cómo trabajó sus materiales, y que nos aclare cuáles son sus aportaciones más importantes, o las dudas que dejó sin resolver en su magnífico e innovador trabajo. Estoy impaciente por escucharla, como seguramente lo estarán ustedes.

Muchas gracias.